

## Entrevista

---

# Entre el medievalismo y la teoría de la historia. Entrevista al historiador Jaume Aurell<sup>1</sup>

Between medievalism and the theory of history.  
Interview with the historian Jaume Aurell

Daniel Ovalle Pastén<sup>2</sup>

ovalle.daniel@gmail.com

Jaume Aurell<sup>3</sup>

saurell@unav.es

En esta vorágine global del estándar científico de las disciplinas del conocimiento, el valor que están tomando las entrevistas a científicos y académicos de alto impacto es cada vez mayor, a lo menos por una razón muy simple – en el caso de que la entrevista apunte en la dirección correcta con preguntas atinentes –, porque nos ayudan a profundizar, desde una visión holística, en los distintos aportes que el entrevistado tenga a su haber. Por esta razón es cada vez más común encontrarlas entre sus “políticas de sección”.

A continuación, presentamos una entrevista al destacado historiador Jaume Aurell, Catedrático de Historia Medieval y Teoría de la Historia de la Universidad de Navarra y director del Instituto Empresa y Humanismo de la misma casa de estudios. El profesor Aurell ha sido investigador visitante en las Universidades de Berkeley y UCLA, así como miembro del Consejo Editorial de *Rethinking History*, destacando también como embajador de la International Network for Theory of History (INTH) en España. Desde la publicación, junto a Alfons Puigamau, de *La cultura del mercader en la Barcelona del siglo XV* (Barcelona, Omega, 1998), el profesor Aurell ha destacado como un historiador sistemático. Desde su especialidad en el Medioevo, pasó al estudio de la historiografía del período en cronistas medievales (investigación que ha tenido una buena crítica internacional) en el libro *Authoring the Past. History, Autobiography and Politics in Medieval Catalonia* (Chicago, 2012). Como expresa en la entrevista, el profesor Aurell tomó otro giro en su camino investigativo: el de la teoría de la historia y la historiografía. Su síntesis de la historiografía occidental es ya un clásico en la formación de historiadores universitarios, libro que ha sido traducido al italiano y portugués: *La escritura de la memoria, de los positivismos a los postmodernismos* (Valencia, 2005). Años después, junto a Peter Burke, Felipe Soza y Catalina Balmaceda publicó *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico* (Akal, 2013), el que es, sin duda, el mejor manual en nuestra lengua sobre el desarrollo de la historiografía mundial desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Ha destacado por una serie de artículos publicados tanto en español como inglés, dedicando reflexión y estudio a problemas como el de la memoria y la

<sup>1</sup> Entrevista realizada el 31 de agosto del año 2017 en el marco de las VIII Jornadas Internacionales de Teoría y Filosofía de la Historia, Universidad Adolfo Ibáñez, Viña del Mar. Agradezco al profesor Aurell la voluntad y tiempo para la entrevista, la revisión de la transcripción, así como el permiso para su publicación. También doy las gracias a los organizadores del evento, quienes facilitaron lugar y tiempo para la entrevista, en especial a la profesora Dra. Paola Corti, quien amablemente nos facilitó su oficina.

<sup>2</sup> Doctor en Historia. Académico adjunto Universidad Andrés Bello y Universidad Adolfo Ibáñez, Chile. Universidad Andrés Bello. Facultad de Educación y Ciencias Sociales. Departamento de Humanidades. Avenida Quillota 980, 2531015, Viña del Mar, Chile. Universidad Adolfo Ibáñez. Facultad de Artes Liberales. Diagonal Las Torres 2640, 7641169, Santiago, Chile.

<sup>3</sup> Universidad de Navarra. Departamento de Historia. Edificio bibliotecas, 31009 Pamplona, España.

historia, la recepción de los aportes de Hayden White, los efectos del “giro lingüístico” en la historiografía, el pensamiento de Benedetto Croce y Robin Collingwood, y otras temáticas. Pero no es todo, en los últimos años ha posicionado la figura del historiador (e historiadora, por cierto) como un sujeto de tanta atención historiográfica como el mercader del siglo XV, asunto que se abordará en la entrevista. Destacan dos libros al respecto, el primero como editor: *La historia de España en primera persona. Autobiografías de historiadores hispanistas* (Barcelona, 2012), y el segundo como único autor: *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies. From Documentation to Intervention* (Nueva York y Londres, 2016). *El profesor Aurell viene de publicar su más reciente libro: Genealogía de Occidente. Claves históricas del mundo actual* (Barcelona, 2017), así como su *La historiografía Medieval, entre la Historia y la Literatura* (Valencia, 2017).

**Daniel Ovalle (DO):** Estimado profesor Aurell: ¿nos podría comentar cómo llegó al trabajo teórico de nuestra disciplina, partiendo de su formación y desarrollo como investigador?

**Jaume Aurell (JA):** Siempre he pensado que lo primero es la práctica y luego la teoría, especialmente para un historiador, quizás no tanto en otras disciplinas como la filosofía o la literatura. Primero nos formamos bien como historiadores, en el sentido más tradicional: nos gusta ir a los archivos y *tocar* documentos, aunque mucho de ese material está a nuestra disposición también en obras editadas y en soporte digital, que tenemos que usarlo como se merece con toda la generosidad que nos da. Por eso, arguyo que al principio siempre tiene que haber una formación muy sólida, de base heurística. Una vez que tenemos esta formación, que la podemos asumir tanto en el grado como en el postgrado, y partiendo de que un investigador que tiene el doctorado posee ya esa formación básica, entonces sí creo que es necesario que todos los historiadores hagamos un esfuerzo serio por formarnos y meternos en la teoría. De algún modo, y este es el núcleo de mi argumentación, la investigación de archivo, documental, nos ancla en el pasado, así como la teoría nos ancla en el presente. Si sólo hacemos historia desde el archivo, no tenemos ninguna referencia con nuestra sociedad, con nuestro presente. Si sólo hacemos teoría desde nuestra oficina, no tenemos ninguna referencia con el pasado que pretendemos avivar. Así, si no somos capaces de meter la teoría en nuestros escritos históricos, cada uno según los intereses, inclinación o lo que sea – eso es totalmente libre y de un espectro amplísimo –, desde una posición que solidifique la práctica, si no hacemos eso, perdemos contacto con la sociedad y dejamos de ser útiles, nos aislamos. Soy el primero en el que creo en la

historia por la historia, pero la sociedad también espera algo de nosotros y no podemos dar la espalda a eso. Un historiador demasiado escorado a la teoría tiene ciertamente el peligro del presentismo, pero un historiador exclusivamente centrado en la erudición produce un tipo de historia inerte, de nula repercusión social.

**DO:** En ese contexto, ¿hubo alguna lectura o situación académica que lo llevó a esta apertura?

**JA:** Me parece que mi caso es aplicable a todo el mundo. Soy un historiador barcelonés – una ciudad, por cierto, de enorme respeto por su tradición medieval, pero al mismo tiempo entregada de lleno a la Modernidad. Cuando comencé a realizar mi tesis doctoral sobre la cultura de los mercaderes de la Barcelona del siglo XV, me sumergí apasionadamente en los miles de documentos notariales a mi disposición, pero al mismo tiempo, con la misma intensidad y pasión, me interesé en las teorías de Max Weber acerca de la implantación del espíritu capitalista en la Europa moderna, así como lo que habían escritos otros teóricos de la historia y de la economía como Werner Sombart y Roberto Sabatino López. Me entregué también a la lectura de Jacques Le Goff y George Duby, que por aquellos años estaban publicando sus obras sobre la historia de las mentalidades. Me aficioné con el concepto de cultura, y entonces se generó un proceso algo imperceptible, pero bien tangible, de que mi propia investigación fue la que me llevó a la teoría. Eso es algo que le sucede a todo historiador – ¿o tendría que decir que *debería* sucederle a todo historiador? Ese es mi primer período de formación teórica: el interés por los problemas teóricos asociados a mi estricto campo de investigación. Arguyo que todo historiador debe profundizar en el debate teórico de su campo de estudio (y de algún modo “meterse” dentro de él). Pero para ello es necesario bucear en otras disciplinas en busca de un diálogo fructífero. En mi caso, por mis investigaciones sobre la cultura mercantil, me dirigí lógicamente en primer lugar a la sociología (con referentes como Pierre Bourdieu y William H. Sewell Jr.) y la economía (el mencionado debate en torno a las ideas de Max Weber), luego me interesó más la cultura (con referentes, sobre todo modernistas, como Peter Burke, Natalie Z. Davis, Simon Schama y Robert Darnton) y la historia de las mentalidades (los mencionados historiadores de la tercera generación de los Annales). Un historiador que quiera ser realmente referencial (referencial no sólo con el pasado que estudia objetivamente, sino con el presente que experimenta personalmente) debe acudir a otras disciplinas. Mi segundo encuentro con la teoría fue porque tuve la suerte de trabajar sobre la historiografía medieval, en mi segundo gran tema de investigación. Entonces conocí a Gabrielle M. Spiegel. Ella me inspiró el modelo de historiador que

yo siempre había intuido, el que consigue un buen equilibrio entre teoría y práctica. En su caso, muy metida en las fuentes primarias de los textos históricos medievales, pero al mismo tiempo con una brillantez teórica y una solidez conceptual que es capaz de desmontar a todos aquellos historiadores que desconfían innatamente de la teoría. Así, mientras trabajaba en lo que sería mis monografías sobre el tema, *Authoring the Past* y *La historiografía medieval, entre la historia y la literatura*, me interesé por la crítica literaria, sobre todo aquellos intelectuales que habían profundizado entre las raíces comunes entre la historia, la leyenda y los mitos (Northrop Frye, Mikhail Bakhtin, Erich Auerbach). Finalmente, cuando empecé a trabajar sobre las autocoronaciones medievales, campo en el que estoy actualmente de modo más prominente, me dirigí a la antropología, sobre todo de tipo simbólico (Clifford Geertz, Victor Turner, Mary Douglas). Después de este fructífero encuentro con otras disciplinas, me di cuenta de que podía dar un siguiente paso que era ya el de la teoría que es más propiamente historiográfica y que conecta con la filosofía. Entiendo que este paso, el de la dedicación específica a temas relacionados con la teoría de la historia, la historiografía y la historia de la historiografía (tres ámbitos historiográficos bien diferentes, por cierto, que la gente, incluso especialistas, tienden desgraciadamente a confundir), tampoco hay que pedirlo a todos los historiadores. Quiero referirme a un último punto que está en la base de este segundo momento, que es mi pasión por las autobiografías de historiadores, que supongo después me preguntará. Esto me ha abierto un panorama inesperadamente rico para enriquecer mi idea originaria de que todo historiador debería aspirar a unir teoría y práctica, estudio y experiencia, de modo armonioso, según sus propias inclinaciones e inspiraciones.

**DO:** Usted ha dado el paso a la siguiente pregunta. Para el lector no especialista, incluso historiadores: ¿nos podría introducir en esta problemática de las autobiografías de historiadores?

**JA:** Yo empecé a estudiar autobiografías de historiadores después de leer una obra maestra que se lee en dos o tres horas: la *L'histoire continue*, de Georges Duby. El caso es que me maravilló esa manera tan práctica de enseñar cómo uno se introduce en la investigación, en hacer la tesis y en las problemáticas (teóricas y prácticas) que se le presentan a todo doctorando, específicamente en historia. Es interesante, esto del género de las autobiografías de historiadores, pensé. Entonces dije, bueno, habrá tres o cuatro, voy a hacerme con ellas y a leerme las, más como ejercicio de curiosidad intelectual que propiamente académica. Fui profundizando, y como todo tema de investigación me llevé una sorpresa mayúscula de lo

prolijos que han sido los historiadores a la hora de escribir sus memorias: al final me hice con una lista de 450 autobiografías, de las cuales habré leído con detenimiento más de un centenar, y otras las he trabajado para el libro que, finalmente, publiqué sobre el asunto (Aurell, 2016). ¿Pero qué pasa, me preguntaba día a día, con las autobiografías de historiadores, por qué me apasionan tanto? Porque, no nos engañemos, tampoco es que, salvo tres o cuatro casos, haya habido casi ningún *best-seller* entre ellas: por lo general, tratan más bien de las anodinas andanzas de unos historiadores que se han pasado la vida ocultamente en archivos, universidades o centros de investigación. Pero, también por lo general, son de una perspicacia histórica llamativa, pues un historiador “negociando” con su propio pasado es algo bastante serio, pues en ese experimento lo subjetivo y lo objetivo se armonizan de un modo muy original. En esas autobiografías se produce el peculiar maridaje entre la formación objetiva que tenemos los historiadores (desde pequeños, si se quiere) junto a la necesaria subjetividad que resulta de visitar la historia de uno mismo, porque no hay otra manera de reflexionar sobre la vida de uno mismo que siendo subjetivo. Y, además, se encuentran también dos ámbitos muy diferentes que son la historia y la memoria, porque tú estás haciendo historia de ti mismo, pero te basas en la memoria individual como tu “fuente histórica” principal (es decir, el encuentro entre historia y memoria, algo muy debatido en la actualidad, y desgraciadamente simplificado por el debate político). En esa doble encrucijada (subjetivo/objetivo e historia/memoria) es donde me inspiré mucho, y también me di cuenta que a veces no es tan importante que los historiadores sean de un modo u otro, que no hay mejores metodologías o peores, me parece, sino que lo importante – y esto lo muestran las autobiografías –, de donde realmente surgen los mejores historiadores, y con mejores me refiero a los que han creado obras más duraderas, son aquellos que buscan en su obra la coherencia con su propia personalidad, son consecuentes con sus intuiciones, con sus impulsos, y luchan denodadamente por hacer una historia de altura académica sin traicionar o abandonar esos principios. Tienen esta preocupación teórica, porque si no la hay, la obra histórica se queda en poquita cosa, pero el compromiso con la teoría logra que la obra histórica tenga una envergadura y una relevancia mucho mayor. Cada uno tendrá su experiencia. En mi caso, he intentado cultivar la teoría a través de este tema de las autobiografías, o a través de la unión entre la historia medieval que he cultivado como tema de investigación y la historiografía contemporánea que necesitaba para comprenderla. Y esto me da una tendencia personal para nada abstracta: soy, a veces pienso, historiador de la historiografía más que propiamente teórico de la historia. Pero me gusta más

ese perfil no tan filosófico, porque yo presiento, siento, intuyo que es como mejor puedo desarrollar mis capacidades – que, como he argüido antes, es el mejor modo de ser eficaz desde una perspectiva académica e intelectual. Entonces, las autobiografías te enseñan muchísimo que los historiadores pueden seguir sus intuiciones, pero jamás deben despreciar la teoría, lo cual creo es un error muy grande, aunque ciertamente, como tú y yo sabemos, nuestra disciplina está llena de gente que desprecia la teoría. Puedo llegar a comprenderlo y a asumirlo – sobre todo en los escasos casos de los historiadores que han llegado a esas posiciones excluyentes de la teoría después de un largo proceso de argumentación interna –, pero no a compartirlo. Me es más difícil comprender la razón de esta suspicacia. Aunque puedo intuir la razón, todavía no tengo la idea muy hecha, por lo que preferiría dejar esta reflexión aquí. Pues esa es la historia de las autobiografías al que has hecho referencia en tu pregunta.

**DO:** ¿Hay alguna de esas autobiografías que le hayan fascinado por sobre otras?

**JA:** Primero, hay una autobiografía de Jill K. Conway, historiadora norteamericana que hizo la tesis doctoral sobre las mujeres reformistas de su país a principios del siglo XX. Ella tiene una trilogía de autobiografías, su infancia, su juventud (primeros años en la academia) y su madurez como historiadora en Harvard. La segunda, que se titula *True North*, creo que es uno de los mejores retratos que se ha hecho de unir una personalidad como historiadora, las preocupaciones personales, la familia, el deber como mujer de dar esa pelea que ella dio con constancia y tan eficazmente para las reivindicaciones de género. Esta autobiografía me parece formidable, siempre me llega a los labios cuando algún estudiante me pregunta por cuál empezar, y estoy orgulloso de haber promovido su traducción al español. Como autobiografía académica, que entra en los problemas más específicos de la historiografía, más teóricos y más disciplinares, es la de Geoff Eley *A Crooked Line (Una línea torcida)*. Es una autobiografía magnífica, que es una de las mejores interpretaciones de la evolución de la historiografía de la segunda mitad del siglo XX que he conocido, y te la hace diciendo “yo me formé en Oxford, una historiografía muy tradicional basada en los clásicos, luego vino el marxismo, con su una avalancha de las ciencias sociales, y después el postmodernismo, que ya me pilló un poco cansado”(risas). Las tres oleadas las explica maravillosamente. Luego hay una menos conocida que es de Richard Pipes, historiador polaco-norteamericano especialista en la guerra fría que escribió unas memorias (*Vixi. Memoirs of a Non-Belonger*) que tienen un contenido más bien político porque él colaboró con Ronald Reagan en la política exterior de Estados

Unidos. Allí describe maravillosamente bien esta tensión que tenemos (deberíamos tener) los historiadores entre nuestra actividad propiamente académica e intelectual y nuestro deseo por contribuir a mejorar el mundo,.

**DO:** Llevándolo a otro plano, ¿cuál es su parecer del recorrido de los aportes de Hayden White, sobre todo en el contexto actual de la historiografía?

**JA:** Me parece que no exageramos al decir que Hayden White es un personaje esencial en la evolución de la historiografía contemporánea. Y esto debido a dos aspectos: no sólo a la calidad de su obra, que para mí es indudable, sino porque su obra ha aparecido en el momento adecuado, en el momento oportuno. Es decir, tanto su obra personal como el contexto que acompaña su obra se han producido en una encrucijada esencial para la historiografía – y esto ha influido a su vez en su notoriedad. Su obra más influyente, que es el pistoletazo de salida de esto que llamamos postmodernismo, es de 1973, es decir, han pasado ya más de 40 años (Bolaños, 2014). ¿Qué podemos decir hoy de su obra? Hayden White ha propuesto, desde la misma disciplina (esto es importante), una transformación radical de la historiografía, tanto desde el punto de vista epistemológico como el ético y el estético. Por un lado, esa revolución todavía no se ha puesto realmente en práctica (en buena medida, debido al mencionado menosprecio por la teoría entre nuestros colegas). Por otro, cuando esa revolución se ha verificado, ha transitado por dos vías diferentes. El primero es un postmodernismo radical (cuyos nombres más reconocibles son los de Frank Ankersmit, Keith Jenkins y Alun Munslow) que realmente percibimos que está siendo un callejón sin excesiva plasmación en la práctica histórica, aunque ha tenido sin duda su papel importante para la propia reflexión disciplinar. La segunda vía ha sido una postmodernidad que no solo la definiría de “moderada”, en contraste con la radical, sino también de “posibilista”, asociada a nombres como Simon Schama, Robert Darnton, Natalie Zemon Davis, Gabrielle M. Spiegel, Lynn Hunt, Robert A. Rosenstone, Peter Burke, Roger Chartier. Se trata de historiadores que ciertamente han asumido los postulados del postmodernismo y han producido obras históricas de acuerdo con esos principios. Como consecuencia, la figura de Hayden White, para los historiadores que creemos en esa otra vía posibilista del postmodernismo, es muy relevante, porque sigue siendo una continua fuente de inspiración. Cuando uno lee sus artículos, reunidos en los volúmenes posteriores a *Metahistoria* (1973), como *Trópicos del Discurso* (1978), *El contenido de la forma* (1989) o *Realismo Figurado* (1999), con un poco de sosiego, percibe toda esa riqueza que tiene la historiografía cuando se hace desde una perspectiva verdaderamente pluridisciplinar. Cier-

tamente, no estamos todavía en condiciones de verificar su verdadera dimensión y relevancia dentro de la historia global de la historiografía, pero sí podemos ya afirmar que Hayden White personaliza y simboliza una revolución que era necesaria para la historiografía, por los caminos tan divergentes que habían tomado la historia y la filosofía, y sobre todo la apropiación de esta última de la reflexión sobre nuestra propia disciplina: en realidad, habíamos cedido a la filosofía algo tan propiamente nuestro como la reflexión sobre nuestro propio quehacer histórico. White se metió allí, consiguiendo que la historia se apropiara ya para siempre de su propia epistemología, algo por lo que será sin duda recordado en el futuro.

**DO:** Para finalizar, ¿cree usted que la reflexión disciplinar desde el trabajo teórico está siendo mejor valorada por los historiadores hoy por hoy?, ¿cómo observa ese diálogo, si es que lo hay?

**JA:** Desgraciadamente, en este punto soy un poco escéptico: todavía tenemos que avanzar muchísimo. Todas estas ideas que hemos hablado, desde la función de Hayden White y el estallido del postmodernismo, no han calado mayormente en la disciplina, es decir se ve algo como muy marginal. Creo que ha perjudicado mucho a esto el propio nombre del postmodernismo, la etiqueta. Porque además me sigue sorprendiendo mucho, día a día, que siga sin entenderse algo tan básico como que el postmodernismo no es un movimiento que está después de la modernidad, no es que exista una Edad Antigua, Edad Media, Modernidad y ahora cuatro historiadores se ponen de acuerdo y dicen hay otra época, y se apropian de ella. Precisamente la postmodernidad aparece en la arquitectura como reacción no a la modernidad en su conjunto, sino hacia ese movimiento modernista, tan autosuficiente (y al mismo tiempo fascinante en sus manifestaciones artísticas y literarias), de finales del XIX y principios del XX, que fue fruto de la época victoriana. Ese modernismo se basó en la confianza ciega de algunos valores de la modernidad como la racionalidad y el cientifismo, pero al mismo tiempo, a medida que se fue imponiendo, desafió a esos propios valores modernos, como se mostró en la época posterior a

la victoriana, la época de entreguerras. El postmodernismo, por tanto, no reacciona contra toda la modernidad, no creo que esté en contra del Estado, del capitalismo, no va por ahí, ni siquiera contra la racionalización. El postmodernismo historiográfico es un movimiento que pretende incorporar la teoría a la historia y dinamizar el debate, pero no creo que esté tan relacionado con esos movimientos de escepticismo o relativismo, que algunos, mal leyendo a Hayden White y a otros historiadores a quienes se les asigna directamente la etiqueta de “postmodernos”, proyectan a todos los historiadores posmodernos. Ayer en la intervención que hice en las jornadas de Teoría de la Historia, organizadas por la Universidad Adolfo Ibáñez en su campus de Viña, argüí que el postmodernismo está más relacionado con la ansiedad de recuperar la conexión de la historiografía con la audiencia que con un movimiento filosófico que llega a un callejón sin salida. En ese sentido soy escéptico de que todos los historiadores comprendan lo que hay detrás de las nuevas tendencias, pero no dejaría de dar la batalla para que al menos se haga un esfuerzo de comprensión de esas ideas y postulados. En una imagen que se ha utilizado recientemente, la historia tiene muchas mansiones, y es responsabilidad de todos los historiadores hacer un esfuerzo para conocerlas bien a todas, y sólo después de haber hecho ese esfuerzo de lectura atenta, hacer un ejercicio crítico, situarse cada uno donde le parece honestamente que debe estar, respetar a las otras posturas y entablar un diálogo constructivo y fructífero con ellas, con ánimo de enriquecerse mutuamente.

## Referencias

- AURELL, J. 2016. *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies: From Documentation to Intervention*. London, Routledge, 280 p.
- BOLAÑOS, A. (ed.). 2014. *Metahistoria: 40 años después: Ensayos en homenaje a Hayden White*. Logroño, Siníndice, 258 p. Cabe destacar que el profesor Aurell escribe en el libro el primero de los ensayos, titulado “La recepción de Metahistoria: de la retórica a la ética”, p.25-57.

Submitido: 20/12/2017

Aceito: 03/05/2018